



JARA HERRERO, Javier, *Las Guerras Médicas. Grecia frente a la invasión persa*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2021, 439 págs. [16 x 24], ISBN 978-84-1384-076-5.

Las efemérides son un buen momento para las conmemoraciones, con juicio y sin prejuicios, para volver la vista atrás en este 2021 y analizar histórica y críticamente el final de las Guerras Médicas un verano de hace 2.500 años. Las guerras entre griegos y persas enseguida traen a la

memoria la soberbia de Jerjes, el heroísmo de Leónidas en las Termópilas, la astucia de Temístocles en Salamina, a los héroes de Maratón y al imperialismo aqueménida impulsado por Darío I. Los persas se lanzaron sobre Europa con un ejército multiétnico, una algarabía de millones de soldados que secaban los ríos a su paso y arruinaban a las poblaciones que debían acoger y proveer a tal contingente superlativo. En el desfiladero de las Termópilas, los 300 de Leónidas hicieron frente a los persas y cayeron heroicamente en el 480 a.C., vencedores para la posteridad por su superioridad moral; el mismo año, en la bahía de Salamina, el ateniense Temístocles batió con astucia a la flota persa de mil doscientos siete navíos como a atunes acorralados en una almadraba; en el 479 a.C., en la llanura de Platea, la derrota persa frente a los griegos fue ya sin paliativos y el rey espartano Pausanias conmemoró la victoria con un sacrificio, como no podía ser de otra manera, al Zeus de la Libertad. Las cifras de los ejércitos y la magnitud de las batallas son imposibles, como increíbles son las de los 192 hoplitas griegos caídos en Maratón el 490 a.C. frente a los seis mil cuatrocientos cadáveres persas. Poco importan las cifras en un combate entre el despotismo y la libertad, la barbarie y la civilización; la suerte, la mala suerte, estaba echada para los persas y el mensaje para los tiempos venideros y la tradición era inequívoco porque, como diría Sánchez Mazas o los soldados de Salamina de Javier Cercas siguiendo a Spengler, un pelotón de soldados salvó de la barbarie a la civilización.

Javier Jara Herrero debe haberse armado de heroísmo para arrostrar con juicio y oficio una tradición tan adversa a los persas y al mundo oriental, tan escandalosamente escorada hacia el retrato del vencedor, tan poco sensible con la suerte de los vencidos. Lucidez no le falta en ninguna de sus páginas y no deben haber sido pocos sus buenos maestros en Salamanca, como Rosario Valverde Castro, profesora titular

de Historia antigua, y en otras latitudes, que lo han formado en la calidad narrativa y en el rigor histórico que rezuma en cada una de las páginas de su libro sobre griegos y persas. Rememorar la historia de Grecia frente a la invasión persa no era, la verdad, muy difícil, se trataba tan solo de seguir la senda de una larga tradición. Escribir, como el autor lo hace, sobre cómo los griegos se enfrentaron a la conquista persa implicaba ser acusado, como hizo Plutarco con Heródoto, de filobárbaro, revisionista histórico, de apologista hipócrita de la multiculturalidad y el pensamiento cosmopolita. Javier Jara Herrero afronta el reto con una poco frecuente honestidad intelectual y profesional, en especial por su sensibilidad y cuidado sobre asuntos tan viscerales como los temas identitarios, de la supuesta superioridad cultural y moral de los griegos y de nosotros frente a los otros, frente al bárbaro, frente al oriente de la violencia desatada, el fanatismo y la conjura del harén. No, Javier Jara Herrero no mira el mundo oriental por el agujero de la cerradura del harén o de su despótica corte, como tampoco se deja impresionar por la deslumbrante civilización helena, apabullante y excepcional pero también humana, demasiado humana y propensa a ese mal vicio de la conciencia de superioridad, a ese mal hábito del etnocentrismo que se define como pueblo por compartir una misma sangre, una misma lengua, unas mismas costumbres, una misma religión.

Jamás se ha mostrado propicia la fortuna con los persas aqueménidas, nunca tanto como con los vencedores griegos, y una ecuánime historia sobre las Guerras Médicas debía reparar esa injusticia, la de la supuesta infausta derrota de Oriente y la de la supuesta e imperecedera gloria de Occidente. Javier Jara Herrero sabe cauterizar esa fatalidad y restituye unas virtudes que han sido demasiadas veces negadas a los persas a lo largo de la historia, sin que para ello debamos silenciar sus vicios ni hacernos cómplices de un multiculturalismo malentendido, intransigente aquí y tolerante allí, pero imponiendo una sordina a la amplificación hiperbólica de una conciencia occidental muy propensa al sentimiento de superioridad, desde la Grecia antigua hasta el día de hoy, y a no reconocer deuda alguna con una herencia que no provenga de Atenas, de Roma o de Jerusalén. Es verdad que Occidente venció a Oriente en Maratón y en Salamina, incluso en la derrota espartana de las Termópilas, pero ni la libertad venció al despotismo asiático, ni se evitó entonces, como tramposa e insensatamente se ha repetido hasta la saciedad, que Europa estuviera poblada de minaretes. En historia, las líneas de continuidad o la causalidades científico-naturales acostumbra a ser casi siempre una contravención disimulada, y se ha trazado una tramposa línea de continuidad que une a los persas con los talibanes. Cuánta retórica sobre la alteridad, como desveló Edward Said, cuánto orientalismo legitimador del milagro griego y occidental frente a Oriente o el islam, cuántos ardidés y falsas polaridades libertad-esclavitud, barbarie-civilización, democracia-despotismo asiático. No está de más aprovechar la efeméride de los 2500 años del final de las Guerras Médicas para recordar, como hace el autor, que los persas no fueron ni más ni menos bárbaros que nosotros, por más que como los bárbaros de Cavafis, como los musulmanes o los árabes hoy en día, fueran al fin y al cabo una solución.

El autor, que en la actualidad trabaja en una tesis sobre las relaciones de poder existentes entre Esparta y el oráculo de Delfos en época clásica, dirigida por César Fornis, catedrático de Historia antigua en la Universidad de Sevilla, ha sabido armar un libro con el mismo estilo ecléctico que adornó los palacios de Persépolis, tomado de las fuentes griegas y orientales los materiales más sobresalientes para cimentar una sólida narración. Quince capítulos muy bien armados sobre griegos y persas, sobre política, democracia, monarquía, despotismo, medismo e imperialismo; sobre cultura en un contexto bélico, antes y después; sobre el arte de la gloria de la guerra, la estrategia militar y el drama que siempre conlleva; sobre la religión helena y el mazdeísmo, así como sobre el ambiguo papel jugado por el santuario délfico; incluso un conocimiento no poco sólido y sí inusual sobre tradición clásica al brindarnos un capítulo sobre las guerras médicas en la cultura popular contemporánea.

Javier Jara Herrero debe haber aprendido mucho de la mesura délfica porque en las páginas de este notable ejercicio de conmemoración histórica no es vencido nunca ni por el filohelenismo ni por el medismo, ni por la parcialidad ni por simpatía alguna. Sin restar mérito alguno a los griegos por su épica victoria frente a los persas en Maratón o en Salamina, el autor nos recuerda que ni la derrota persa fue tan traumática y letal para la buena salud del imperio aqueménida ni la victoria moral de Leónidas o el triunfo de los soldados de Maratón, como creía John Stuart Mill, salvaron a la civilización. De hecho, no se oculta que los persas dirigieron entre bastidores los asuntos griegos hasta la llegada de Alejandro y que fueron no pocas las ciudades griegas que llamaron a las puertas de la corte persa para recabar los apoyos necesarios para garantizar ese mal tan heleno de la rivalidad entre ciudades hermanas. Los persas descubrieron en hora temprana esa debilidad y jugaron un papel de quinta columna en los enfrentamientos entre las polis griegas.

Trabajos como los de Javier Jara Herrero siguen siendo necesarios, en especial por lo alejado que está el mundo académico de la sociedad, para desenmascarar que la amnesia es no pocas veces interesada y que difícilmente nos repondremos de ese mal si nos dejamos confundir con espurias continuidades entre los persas aqueménidas y el integrismo islámico. Tal vicio hermenéutico es, más allá de malicioso, sencillamente historia-ficción, como falso es la tradición que repite con siticismo que sin Maratón y Salamina Europa estaría huérfana de los valores universales, del humanismo del mundo clásico y de los derechos humanos. Mal que le pese a Condorcet, y a los adláteres de antes y de después que siguen a pie juntillas las formas de representación de la alteridad persa del imaginario griego, la victoria de la luz de las ciencias y los progresos del espíritu humano nada tienen que ver con el desenlace de la batalla de Salamina, ni que a su heroicidad debamos el triunfo de la civilización y de la libertad. Tampoco podemos seguir suscribiendo, con Dante, que la conducta de Jerjes fue un ejemplo del humano desvarío; ni seguir tampoco la estela del retrato de Esquilo en *Los persas*, que ha pesado como una losa insalvable en la larga duración, y ha servido para esbozar caricaturas de Jerjes, en el cómic y en la gran pantalla, con 300 de Frank Miller y Zack Snyder. Ni Darío ni Jerjes fueron paradigma

alguno del déspota cruel y atrabiliario, ni la actitud de los persas frente a sus reyes muestra alguna del servilismo y fanatismo, no de ciudadanos libres sino de súbditos y esclavos, idiosincrásica del mundo oriental.

El libro que reseñamos nos enseña también que las relaciones greco-persas no fueron siempre tan negativas en la realidad como la imagen que se fijó de ellas en el imaginario y en la tradición. Celebremos la victoria griega y felicitémonos por ser hijos de Grecia, herederos de la democracia y del amor a la libertad, del humanismo y las ciencias, pero no seamos cómplices en las efemérides de encubrimientos, de reconstrucciones interesadas y tergiversadas de lo que sucedió y sucede realmente. Ilustrémonos a través de acercamientos como los de Javier Jara Herrero a las Guerras Médicas para acercarnos no poco a lo que sucedió realmente, a la actitud de Grecia frente a la invasión persa y a los verdaderos motivos, ajenos a la soberbia del déspota oriental, que impulsaron a los aqueménidas a la fallida conquista de la Hélade y a su expansión imperial.

La historia nunca se repite ni tampoco aprendemos nada de ella si seguimos aplicando el cliché griego sobre el mundo oriental al mundo árabe o musulmán. Por más propensión que tengamos a las invenciones de una tradición, no tergiveremos tramposamente lo que sucedió realmente y por más que Maratón, las Termópilas, Salamina, Platea o Eurimedonte, Milciades, Leónidas, Temístocles o Filípides formen parte de nuestra memoria cultural, no es poco lo que debemos a oriente, también a los persas aqueménidas vencidos en la primera y en la segunda guerra médica, a Darío, a Jerjes, a Atosa o Artemisia, a Mardonio, tan humanos, demasiado humanos, como nosotros mismos, ayer y hoy. Si no conseguimos explicar, como sí hace Javier Jara Herrero, qué sucedió entonces entre griegos y persas, entre aqueménidas y helenos, *Vae victis! ¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los vencedores y de nosotros mismos! ¡Ay de la historia como ciencia!*

MANEL GARCÍA SÁNCHEZ
CEIPAC-Universitat de Barcelona

¶